
K. Paustovski
El anillo
de acero





K. Paustovski

EL ANILLO DE ACERO

Dibujos de T. ERIOMINA

Mª de Jesús

Editorial PROGRESO

MOSCU


СЕЛЬПО

El abuelo Kuzmá vivía con su nietecita Variucha en Mojovoie, una aldeúcha situada en la misma linde de un bosque.

Aquel invierno fue riguroso, con mucho viento y nieve. En toda aquella estación del año no había habido ni un solo día templado ni caído de los tejados una sola gota siquiera de las rumorosas aguas del deshielo. Por las noches, en el bosque aullaban los lobos, ateridos de frío. El abuelo Kuzmá decía que aullaban de pura envidia, pues también les hubiera gustado vivir en una casa, como la gente, y rascarse y estar tumbados junto al horno para calentarse la hirsuta pelambre.

En pleno invierno se le acabó el tabaco al abuelo. Tosía mucho, se quejaba de su precaria salud y decía que unas chupadas al cigarrillo le hubieran proporcionado inmediata mejoría.

Un domingo, Variucha se fue a Perebori, un pueblo cercano, a comprar tabaco para el abuelo. Por aquel lugar pasaba la vía férrea. Luego de adquirir el tabaco y de atar la bolsita de percal que lo contenía, la niña se encaminó a la estación para ver cómo pasaban los trenes. Pocos paraban en Perebori. Casi siempre pasaban de largo con gran estrépito.

En un banco del andén estaban sentados dos soldados. Uno de ellos tenía la barba muy poblada y alegres ojos grises. De pronto se oyó el silbido de una locomotora. Toda envuelta en vapor, salía ya del lejano y negro bosque para dirigirse presurosa hacia la estación.

— ¡Es el rápido! —exclamó el soldado de la barba poblada—. Mira, niñita, que no te quite de ahí de un soplido. Saldrás volando hacia el cielo.

La locomotora irrumpió en la estación a toda velocidad, levantando un torbellino de nieve que cegó los ojos. Luego pasaron, como persiguiéndose unas a otras, las traqueteantes ruedas. Variucha se aferró al pie de una farola y cerró los ojos. No fuera el huracán aquel a arrancarla del suelo y llevársela de veras en pos del tren. Cuando éste hubo pasado, el soldado barbudo le preguntó a Variucha.

— ¿Qué llevas en el hatillo? ¿Tabaco?

— Sí —repuso ella.

— ¿Podrías vendérmelo? Tengo muchas ganas de fumar.





— El abuelo Kuzmá no me deja que lo venda —repuso muy seria la niña—. Lo necesita contra la tos.

— ¡Ay, florecita linda con botas de fieltro! ¡Qué severa te has puesto!

— Pero tú toma cuanto necesites. ¡Fuma! —dijo Variucha, ofreciéndole la bolsita al soldado.

El hombre guardó en el bolsillo de su capote un buen puñado de ese tabaco rústico llamado *majorca*, lio un cigarro grueso y, luego de encenderlo, acarició la barbilla de Variucha, contemplando risueño sus ojos azules.

— ¡Ay, florecita de trenzas largas! —exclamó de nuevo—. ¿Qué podría regalarte yo? ¿Esto quizás?

Sacó del bolsillo de su capote un anillito de acero, sopló para quitarle las partículas de tabaco y sal que se le habían adherido, lo frotó contra la manga de su uniforme y se lo puso a Variucha en el dedo medio.

— ¡Usalo con buena salud! —dijo—. Es un anillito mágico. ¡Mira cómo relumbra!

— ¿Por qué es mágico? —inquirió la niña, sonrojándose.



— Porque si lo usas en el dedo medio te dará salud —contestó el soldado—. A ti y a tu abuelo Kuzmá. Y si te lo pones en éste, que se llama anular —añadió, tirándole del dedo enrojecido por el frío—, tendrás un alegrón. Y si, por ejemplo, quieres ver el mundo y todas sus maravillas, póntelo en el índice y... ¡lo verás sin falta!

— ¿De veras? —preguntó Variucha.

— Créele —terció con su voz potente el otro soldado, que llevaba alzado el cuello del capote—. Es un hechicero. ¿Has oído alguna vez esa palabra?

— Sí.

— Bueno, pues. —El soldado rompió a reír—. A ese viejo zapador ni siquiera las minas le pillan.

— Gracias —dijo Variucha y echó a correr en dirección a Mojovoie.

Se desató un vendaval y comenzó a nevar copiosamente. Variucha no dejaba de palpar el anillito, volviéndolo ya para acá, ya para allá, a fin de ver cómo relumbraba a la luz de aquel día invernal.

"¿Por qué el soldado aquel no me ha dicho nada acerca del meñique? —pensó ella—. ¿Qué ocurrirá si me lo pongo en el meñique? A ver, hagamos la prueba".

Y se lo puso en el meñique. Mas, como el dedo era muy delgado, el anillito se le escapó, cayó en la espesa nieve que bordeaba el sendero y fue a perderse al fondo de la misma.

Variucha profirió un grito y empezó a cavar la nieve con las dos manos. Mas no halló el anillito. Los dedos se le amorataron. Ya no podía doblarlos, tan atenazados por el frío estaban.

La niña prorrumpió en amargo llanto. Había perdido el anillito. Por consiguiente, el abuelo Kuzmá no tendría buena salud ni ella el alegrón, ni tampoco llegaría a ver el mundo y todas sus maravillas. Variucha clavó una vieja rama de abeto en el lugar donde se le había caído el anillito y continuó su camino hacia casa. Se enjugaba las lágrimas con la manopla; pero éstas continuaban brotando y congelándose, pinchándole y lastimándole los ojos.

El abuelo Kuzmá, contento de haber recibido el tabaco, fumó hasta llenar de humo la *isba**.

— No te aflijas, tontuela —dijo—. El anillo está donde ha caído. Pídele a Sídor que te lo busque. El sabrá hallarlo.

Sídor era un viejo gorrión. De pie sobre un palito, dormía inflado como un globo. Todo el invierno llevaba residiendo en la *isba* de Kuzmá y comportándose como en su propia casa, obligando no sólo a Variucha, sino

---

* *Isba*: casa de los aldeanos rusos.



hasta al abuelo a respetar su genio. Picoteaba los granos en los mismos platos en que ellos comían y trataba de arrancarles de las manos el pan.

Cuando le ahuyentaban, él se ofendía, erizaba el plumaje y se lanzaba a pelear y a piar enfurecido. Los gorriones vecinos acudían y se posaban en el alero del tejado para escuchar y comentar ruidosamente durante largo rato el incorrecto proceder de Sídor. Vivía en una casa, donde había calor y alimento, ¡y aún le parecía poco!

Al día siguiente, Variucha atrapó a Sídor, lo envolvió en su pañuelo y se lo llevó al bosque. De debajo de la nieve no asomaba más que la punta de la rama de abeto. La niña colocó sobre ella a Sídor y le pidió:

— ¡Búscalo! ¡Métete en el montón de la nieve! Puede que lo halles.





Sídor arrojó una mirada oblicua de desconfianza a la nieve y se puso a piar irritado.

"¿Qué te has creído tú? ¿Que soy un tonto? ¿Qué te has creído?", repitió y, alzando el vuelo, retornó a la *isba.*

El anillito quedó sin aparecer.

El abuelo Kuzmá tosía cada vez más. A la llegada de la primavera se encaramó a la parte alta del horno. Casi nunca bajaba de allí y a menudo expresaba el deseo de beber. Variucha le servía agua fresca en un jarrito metálico.

Las ventiscas se desataban, sumergiendo en la nieve las *isbas* de la aldeúcha.

Atascados en la nieve estaban también los pinos, y Variucha no podía ya indicar el lugar donde había perdido el anillito. Cada vez más a menudo



se escondía detrás del horno para, compadecida del abuelo, llorar en silencio y amonestarse a sí misma.

— ¡Tonta! —se decía a sí misma en voz baja—. Te dio por hacer travesuras y perdiste el anillito. ¡Toma, toma!

Y se pegaba puñetazos a la cabeza.

— ¿Con quién estás hablando ahí? —preguntaba el abuelo Kuzmá.

— Con Sídor —respondía Variucha—. ¡Se ha vuelto tan desobediente y peleón!

Una mañana, Sídor despertó a Variucha dando saltitos ante la ventana y golpeando con el pico los cristales. La niña abrió los ojos y volvió a entornarlos inmediatamente. Del alero del tejado, adelantándose la una a la otra, caían largas gotas de agua. Una luz tibia penetraba en el cuarto. Afuera alborotaban las chovas.



Variucha se asomó a la puerta. Un viento templado le sopló a los ojos y agitó sus cabellos.

— ¡Ha llegado la primavera! —exclamó la niña.

Las negras ramas de los árboles brillaban. La nieve, a punto de derretirse, iba deslizándose por el tejado con un suave murmullo. En torno a la aldea rumoreaba alegremente el húmedo bosque. La primavera avanzaba por los campos como joven ama de los mismos. Bastaba que echara una mirada al barranco para que en él comenzase a gorgotear y manar un arroyuelo. La primavera continuaba su marcha, avivando a cada paso el rumor de los arroyos.

La nieve en el bosque había oscurecido. Al principio se destacaron sobre ella las pardas púas de los pinos caídas durante el invierno. Luego aparecieron a la vista muchas ramas secas arrancadas por la tormenta ya en el mes de diciembre. A continuación amarilleó la hojarasca del año anterior, se descubrieron los lugares deshelados y al borde de los últimos montones de nieve florecieron las primeras "uñas de caballo".

Variucha halló en el bosque la vieja rama de abeto clavada en la nieve donde se le había caído de las manos el anillito. Con suma precaución retiró de allí la vieja hojarasca, las piñas vacías esparcidas por los pájaros carpinteros, la ramiza y el musgo podrido. Debajo de una hojita negra refulgió algo.

Variucha pegó un grito y se puso en cuclillas. ¡Ahí estaba su anillito de acero! No se había cubierto de herrumbre ni un poquitito.

Variucha lo agarró, se lo puso en el dedo medio y echó a correr hacia su casa.

Divisó desde lejos al abuelo Kuzmá. Había salido de la *isba* y, sentado en un banco ante la misma, fumaba. El humo azul del tabaco se elevaba al cielo encima de él, como si, secándose al sol primaveral, anciano despidiese vapor.





— ¡Ay, niña saltarina! —comentó él—. Te olvidaste de cerrar bien la puerta. El aire fresco se metió en la casa, e inmediatamente dejó de torturarme la enfermedad. Voy a fumar un poco, y después tomaré el hacha, cortaré leña, encenderemos el horno y haremos tortitas de centeno.

Variucha se echó a reír y, acariciando los desgreñados cabellos grises del abuelo, dijo:

— Dale las gracias al anillito. El te ha curado.

Todo el día aquel Variucha llevó puesto el anillito en el dedo medio, para que la enfermedad del abuelo no se atreviese a volver. Y sólo a la anochecida, cuando se disponía ya a meterse en la cama, se lo quitó del dedo medio para ponérselo en el anular. Acto seguido debía venir el alegrón. Pero tardaba en llegar, y la niña, cansada de esperar, quedó dormida.

Se levantó temprano, se vistió y salió de la *isba*.

Amanecía un día sereno y templado. En el horizonte titilaban aún las últimas estrellas. Variucha se encaminó hacia el bosque. De pronto se detuvo en el lindero. ¿Qué era eso que sonaba entre los árboles como si alguien rozara levemente unas campanillas?

La niña se inclinó y, al aguzar el oído, quedó maravillada. Las blancas "nevadillas" se balanceaban ligeramente, saludando a la aurora, y cada florecita sonaba, como si el pequeño escarabajo llamado Kuzka el Campanero golpease con su patita una telaraña de plata. En la copa de un pino el pájaro carpintero dio cinco picotazos.

"Son las cinco —constató Variucha—. ¡Qué temprano! ¡Y qué silencio!"

En ese mismo instante, en el alto ramaje, una oropéndola se puso a cantar a la dorada luz del alba.

Variucha la escuchaba boquiabierta, sin poder contener una sonrisa. Un viento vigoroso, tibio y acariciante la envolvió toda y algo susurró en la cercanía. Un avellano se balanceó, dejando caer de sus pendientes el amarillento polen.

Alguien pasó invisible ante la niña, separando las ramas. El cuclillo le recibió con sus "cu-cú" e inclinaciones de cabeza.

"¿Quién habrá pasado? —se preguntó Variucha—. No he visto a nadie".

No sospechaba que ante ella había pasado la primavera.

La niña rompió a reír sonoramente y se fue corriendo a casa.

En su corazón cantaba una alegría inmensa, tan inmensa que no hubiera podido ser abarcada con los brazos.

La primavera se mostraba cada vez más esplendorosa y regocijante. A la viva luz que fluía de la bóveda celeste, los ojos del abuelo Kuzmá se

volvieron estrechos como rendijas, pero sonreían de continuo. Llegó un día en que miles y miles de florecitas de abigarrados colores cubrieron los bosques, prados y quebradas, como si alguien los hubiera salpicado de agua milagrosa.

A Variucha le había pasado por la mente ponerse el anillito en el índice para ver el mundo y sus maravillas, pero al contemplar todas aquellas flores, las viscosas hojitas de los abedules, el cielo despejado y el esplendente sol, y al escuchar el canto de los gallos, el murmullo de las aguas y el gorjeo de los pájaros sobre los campos, desistió de su propósito.

"Aún tendré tiempo de hacerlo —se dijo ella—. En ningún lugar del mundo puede haber más belleza que aquí, en Mojovoie. ¡Qué encanto! No en vano dice el abuelo Kuzmá que nuestra tierra es un verdadero paraíso y que en el mundo no hay otra que le iguale".





Traducido del ruso por Aurora KANTOROVSKAIA

Impreso en la URSS

К. Паустовский

СТАЛЬНОЕ КОЛЕЧКО

На испанском языке

$\text{П}\ \frac{70802\text{-}192}{014(01)\text{-}77}\ 283\text{-}76$